

SANTA ROSA DE LIMA



Santa Rosa nació en Lima la capital de Perú, el 20 de abril de 1586. Sus padres se llamaban Gaspar Flores y María Oliva. La niña fue bautizada con el nombre de Isabel, pues así se llamaba su abuela. Pero cuentan que un día la empleada de la casa, al contemplar su carita hermosa y sonrosada dijo: "Ay, qué linda la niña, parece una rosa".

La madre de Isabel, al escucharla, se puso feliz y dijo: "En adelante, amada hija, tú serás mi Rosa, mi pequeña Rosa y no te llamaré de otro nombre". Desde entonces, todos la llamaron Rosa. Sólo la abuela se disgustó por este cambio de nombre. El asunto se solucionó cuando la niña recibió el sacramento de la confirmación y le dieron el nombre de Rosa.

Rosa tuvo doce hermanos, pero algunos de ellos murieron

muy pequeños. En aquellos lejanos tiempos, las familias no acostumbraban enviar a las niñas a las pocas escuelas que por entonces había. Eso quedaba sólo para los varones. Pero, aunque la familia de Rosa no era rica, ella recibió una educación esmerada en su casa. Aprendió a leer y escribir y llegó a saber de música, canto y poesía.

Desde niña, Rosa se distinguió por su mansedumbre y por su paciencia en el dolor. Nunca se quejaba y soportaba en silencio las enfermedades. Lo que sí le disgustaba era saber que la llamaban Rosa por su hermosura. En cierta ocasión su madre le adornó la cabeza con una guirnalda de flores, para lucirla ante unas visitas. Rosa se clavó una de las horquillas de la guirnalda para hacer penitencia por aquella vanidad. Y la clavó tan fuerte que después tuvo dificultad en quitársela.

Tendría Rosa unos once años cuando su padre fue nombrado administrador de una mina de plata. La familia tuvo que trasladarse al campo, a un pueblito que estaba cerca de la mina. Un día, un derrumbe destruyó la mina y tuvieron que regresar a Lima. Comenzó entonces una época de grandes penurias económicas. Rosa ayudaba en los quehaceres de la casa y cultivaba el huerto. Además trabajaba de costurera. Muchas veces cosía y bordaba hasta por las noches para que no le faltara el pan a los suyos.

Pero siempre encontraba tiempo para el trabajo y la oración. Continuamente daba gracias a Dios por los beneficios que recibía. Con la ayuda de uno de sus hermanos construyó una ermita de adobe en el jardín de su casa. Allí pasaba largas horas en oración y medita-



Esto es la ermita de adobes donde Santa Rosa permanecía largas horas en oración.



En el jardín de la casa donde vivió sus últimos años, se encuentra este cuadro de Santa Rosa.

ción. También hacía grandes penitencias y ayunos, pues quería compartir con Jesús los tormentos de la Pasión.

Rosa trataba de vivir para Dios en cada instante y eso la hacía feliz. A menudo se le oía cantar coplas a Jesús y a la Virgen, que ella misma componía. Llevaba la canción en el alma porque era alegre. Y acostumbraba decir: "Quitar-me a mí el cantar, es quitarme el comer".

Como era tan bonita, su madre buscaba la manera de casarla bien. Pero desde pequeña Rosa había decidido dedicar su vida a Dios y permanecer soltera. Como sus padres la presionaban, a los 20 años de edad vistió el hábito blanco de la tercera orden de Santo Do-

mingo. No quiso ingresar en un convento. Ella quería santificar su vida en su hogar, sirviendo a los demás.

En medio de su pobreza, daba a los demás aún lo que necesitaba. A su casa acudía gente de todas partes del Perú, pues Rosa era muy querida por su bondad. Era tan caritativa que se le llegó a llamar "madre de los pobres".

Cuentan que una vez supo que una pobre mujer enferma estaba sola y abandonada. De inmediato fue a visitarla y la convenció de que regresara con ella a su casa. Allí la acomodó en su cuarto, la curó y la atendió durante varios meses hasta que la enferma se repuso. Desde entonces esa habitación se convirtió en un hospital para enfermos pobres.

También visitaba el hospital de mujeres y atendía a las más abandonadas. Les hacía la cama, les arreglaba la ropa y les preparaba la comida. Una vez regresó a su casa con el hábito manchado y despidiendo mal olor. Cuando su madre lo co-

mentó con disgusto, ella le respondió con dulzura: "Cuando servimos al enfermo somos el buen olor de Cristo".

Tres años antes de su muerte, Rosa cayó gravemente enferma. Su salud se había minado por la forma de vida que llevaba. Durante la penosa y larga enfermedad, su única oración era: "Señor, auméntame los sufrimientos, pero auméntame en la misma medida tu amor".

El Señor la llamó a su lado el 24 de agosto de 1617, cuando tenía 31 años de edad. Desde el mismo momento de su muerte, grandes multitudes acudieron a venerarla como santa. Las principales autoridades del país estuvieron presentes en su entierro.

Santa Rosa vivió en la misma época que Fray Martín de Porres y fueron amigos. Él la llamaba Rosita. Curiosamente los dos fueron bautizados en la misma iglesia y por el mismo sacerdote. Los dos dejaron a su paso por el mundo un ejemplo de amor y humildad que no ha sido olvidado. Y sus restos mortales reposan en la misma capilla, en el convento del Rosario de Lima.

En el año 1670 el Papa Clemente Décimo declaró a Santa Rosa de Lima patrona de América y Filipinas. Dos años después, el 12 de abril de 1672, la declaró santa, convirtiéndose así en la primera santa de América.

Pozo en el huerto de la casa donde nació Santa Rosa, hoy convertido en Santuario. El fondo del pozo está lleno de papeles. Cada peregrino echa uno pidiendo al Señor una gracia por intercesión de Santa Rosa.

